

"LA VIDA ES LUCHA Y LA PAZ ES SOLO UN ACCIDENTE"

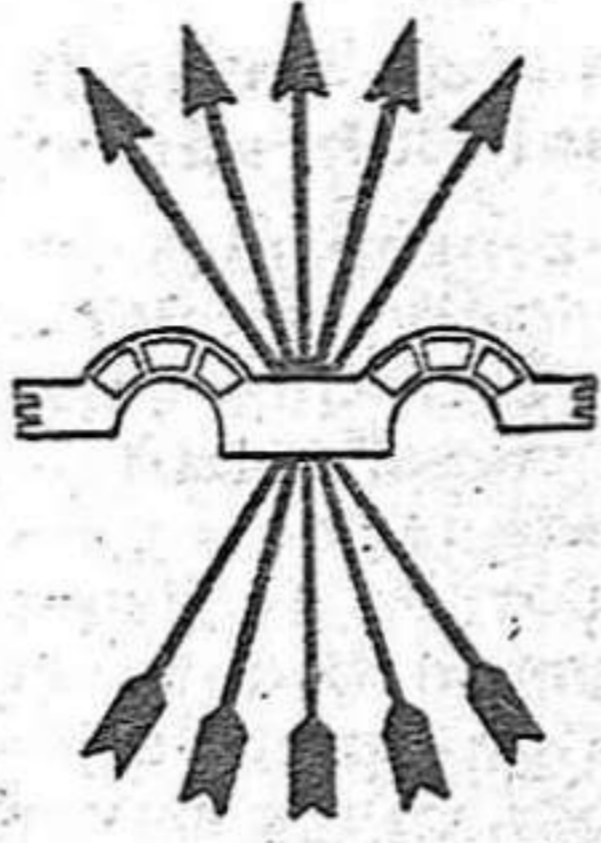
Los pueblos que se duermen sobre los laureles y se entregan a la frivolidad y a la burguesía, están condenados a la muerte"

"En estos mismos momentos muchas naciones europeas pagan con la esclavitud la creencia en las utopías democráticas"

Nada nos importaría ser fuertes en el Ejército, potentes en la industria si fracasase nuestra unidad política"

El Jefe Nacional de la Falange habla en una gigantesca concentración de productores en Vigo

Acompañaba al Caudillo el ministro secretario camarada Arrese



LABOR

ORGANO DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N. S.

AÑO IX

NUM. 797

SOBIA, viernes 21 de agosto de 1942

25 CENTIMOS

TRIONFAL VIAJE POR SANTIAGO DE COMPOSTELA Y PONTEVEDRA | ¡FRANCO!, ¡FALANGE!

El Caudillo en Santiago de Compostela

Santiago de Compostela, 20.— Procedente de el Pazo de Meirás, es en esta ciudad S. E. el Generalísimo. Ha recibido al límite del término municipal acudieron el alcalde de la ciudad y otras personalidades. La ciudad amaneció engalanada con profusión de colgaduras de los colores nacionales y retratos del Caudillo en casi todos los balcones. El trabajo fué suspendido y el comercio cerró para que la dependencia pudiera sumarse a la manifestación de cariño y respeto al jefe del Estado. En la Plaza de España formaron una centuria de trabajo, el frente de Juventudes, nutrida representación de ex-combatientes, Sección Femenina y milicias del Partido; cubriendo la carrera hasta la Catedral.

La llegada del Caudillo fué anunciada con volteo de campanas, y a las doce y cuarto hizo su entrada en medio de las aclamaciones del público, que no cesaba en sus gritos de ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

El Caudillo descendió del coche y vistió las fuerzas de Infantería, que con bandera y banda de música le rindieron honores. En la Plaza del cardenal Martín de Herrera se habían congregado las autoridades civiles y militares y jerarquías, presididas por el gobernador civil de la provincia, señor Aspe Vaamonde; jefe provincial del Movimiento, jerarquías y autoridades, todas las cuales pasaron a saludar al Jefe del Estado.

Acompañaban al Caudillo su esposa, ministro secretario general del Partido, jefes de las Casas Militar y Civil de Su Excelencia y demás personas del séquito.

Su Excelencia subió la escalinata

de las Platerías, para hacer su entrada en la Catedral, en cuya puerta fué saludado por el arzobispo de Compostela don Tomás Muñiz Pablos y Cabildo catedralicio.

El Generalísimo, bajo palio, cuyas varas portaban seis canónigos, se dirigió, por entre la multitud que llenaba el templo, hasta el altar mayor del Apóstol, ocupando un reclinatorio al lado del destinado al arzobispo.

Su Excelencia permaneció de rodillas, orando, durante algunos momentos y seguidamente subió al camarín del Apóstol, abrazando su imagen pétrea.

Después oró ante los sagrados restos del Patrón de España y luego pasó al archivo, que visitó detenidamente, dando con ello por terminada la visita a la Catedral y a la ciudad.

En Pontevedra

Pontevedra, 20.—En el día de hoy llegó a esta capital, de paso para Vigo, S. E. el Jefe del Estado.

Desde las primeras horas del día el entusiasmo era enorme. Grandes masas de gente acudían a la Avenida de Montero Ríos, punto designado para recibir al Caudillo.

A la una de la tarde la avenida de Montero Ríos ofrecía un aspecto imponente. Allí se encontraba una compañía de Infantería, con bandera y banda de música, frente al Palacio de la Diputación, y cubría la carrera una centuria de Falange, también con banda de música.

Una escuadra de Falange prestaba guardia en el interior del Palacio.

A la indicada hora, llegó de su residencia veraniega de Marina el ministro de Marina, vicealmirante don Salvador Moreno, acompañado del jefe del Departamento Marítimo de

(Continúa en la pág. 8.ª)



Discurso de S. E. en Vigo

Camaradas y españoles todos aquí congregados. Es para mí una satisfacción el encontrarme en esta ciudad gallega en medio de los elementos productores de esta región noblemente representada por cuantos en este lugar os congregáis. Este acto quiero que sea una afirmación noble y clara de España, una afirmación de nuestra unidad y de nuestra fé. Soy poco amigo de las palabras; muchos de vosotros por haber pasado una gran parte de la juventud española durante treinta años bajo mis órdenes conocéis muy bien cuan poco amigo soy de palabras, me gusta predicar con actos y con el ejemplo; pero sería desatención el que no aprovechase este momento para transmitirlo una consigna que deseo quede grabada en vuestro ánimo: que la vida es lucha y la paz es solo un accidente y porque ello es así, después de nuestro esfuerzo en la campaña, después de haber arrancado la España física de la barbarie roja hemos de continuar nuevamente con el mismo ahinco en la preparación de la lucha, porque la historia nos dice a cada paso que los pueblos que se duermen sobre los laureles y se entregan a la frivolidad y a la burguesía, están condenados a la

(Continúa en la pág. 8.ª)

He aquí la razón suprema del Caudillaje de Franco. Cuando al unánime deseo de los buenos españoles que querían ser bien dirigidos, surgió su figura legendaria al campo de las realidades más difíciles que bordearon la cima del milagro, el pueblo español, seducido por tan providencial aparición, le aclamó como conductor de sus destinos. Franco dirigía un ejército valiente, una juventud heroica hacia la victoria, una retaguardia llena de anhelos y esperanzas. Los combatientes, cuando le veían, guardaban, en medalla troquelada en sus corazones, los rasgos de su sonrisa y ese indefinible e inefable misterio del Héroe Padre, del que manda y enseña a los héroes. La Falange, a las órdenes del Caudillo, con todo su sentido revolucionario, recogió del pueblo español, en precisas direcciones aquellos anhelos y el Caudillo fué jefe nacional de la Revolución porque para serlo se requería «una voz familiar en los horas de combate», y esa voz familiar era, sin duda alguna, la de Franco que nos daba todos los días las partes de la Victoria y la seguridad de nuestros destinos. Por esta seguridad, por este unánime sentir del pueblo español, la presencia del Caudillo en cualquier lugar de España, rebasa a todas las descripciones del entusiasmo, de un entusiasmo que apesar de la disciplina, no puede menos, como ayer en Vigo, que romper las barreras y las formaciones, sustituir el aplauso por el saludo y enronquecer a las gargantas a fuerza de gritar este grito que nos ha de unir, en la unidad política que el Caudillo quiere, a todos los españoles: ¡Franco, Falange!

En sus tierras gallegas, mimosas, laboriosas y aguerridas ha lanzado Franco la consigna: «La vida es lucha y la paz es solo un accidente», la señal de la unidad, en la unidad política hemos de prepararnos para la lucha, lucha que no quiere decir que la guerra sea nuestro amor, sino la fortaleza militar juntamente con la moral, industrial y política que en todo evento nos daran la libertad y la victoria y en la paz el trabajo y la prosperidad. Lenguaje claro, para todos, para el hombre del mar, para el hombre del campo, para el de la inteligencia.

No se dejó llevar el Caudillo, ante aquel magnífico espectáculo del mar, por la imagen gárrula o por la lírica fácil. Calló toda alusión a él, para que el mar quede siempre como una tentación de aventura contenida por el afán y la preparación para dominarlo.

Productores, pueblo, juventudes y veteranos, todos en Vigo ante el Caudillo, compacta unidad. Junto al Caudillo, el ministro Secretario camarada Arrese.

Por allí quedaba el rumor del discurso que pronunciara José Antonio en Villagarcía que se hacía

(Concluye en la pág. 8.ª)

PAGINA DE GLORIA

El Cuartel de Simancas

No podemos olvidar aquella página de gloria sin par que hoy hace seis años escribió su última línea, con el semáforo, frente al mar: «Jefe Cuartel de Simancas a comandante crucero «Almirante Cervantes». Tirad sobre nosotros. Tenemos dentro al enemigo. La defensa se hace imposible y el enemigo comienza a entrar. Tirad sobre nosotros». Los testigos de este espectáculo desde el «Almirante Cervantes» refieren que el momento fué de una grandeza imponente. En el Cuartel de Simancas, de Gijón, un grupo de españoles, sin contar con otra fortaleza que la de sus pechos supieron decididos a morir por España, vender caras estas vidas que hechas para quemarse en holocausto de una causa grande, la de España, tenían que rendir el máximo y glorioso esfuerzo: Tirad contra nosotros que el plomo de España será en nuestra carne el beso de la Patria.

Los rojos como en casi todas las ocasiones, con aquella zafiedad y cinismo con que cubrían los actos heroicos de su enemigo, comunicaban a Madrid: «Ante la imposibilidad de defenderse los facciosos se rindieron...» Así, es como se intentaba desmerecer ante el mundo uno de los más esclarecidos hechos de la Historia. Pero sobre aquel recuerdo, de gloria, de sangre, de tesón, de humo y mar, sobre aquellas cenizas que ahora serán veneradas, el Caudillo dibujó el laurel de la Cruz de San Fernando.

Caidos del Cuartel de Simancas: ¡¡¡Presentes!!!

